

## El pequeño Trianón

Cuando Luis XIV, después de haber edificado á Versailles, reconoció los inconvenientes de su grandor, cuando vió aquellos inmensos salones llenos de guardias, aquellos corredores y entresuelos llenos de cortesanos, de pajes y comensales, se dijo era perfectamente lo que Luis XIV había querido hacer de él, lo que Mansard, Le Brun y Le Notre habían hecho, la morada de un dios, pero no la habitación de un hombre.

Entonces el gran rey, que era un hombre en sus ratos perdidos, mandó construir Trianón para respirar y ocultar un poco su vida : pero la espada de Aquiles, que había fatigado á Aquiles debía ser un peso insostenible para un sucesor mirmidón.

Trianón, esa miniatura de Versailles, pareció aun demasiado pomposo á Luis XV, el cual mandó al arquitecto Gabriel construir el pequeño Trianón, pabellón de sesenta piés cuadrados.

Á la izquierda de ese edificio, se construyó un cuadrilongo sin carácter ni adornos para residencia de las personas de su servicio y de los comensales, en el cual se contaban como unos diez aposentos de amos y la plaza de cincuenta sirvientes. Aun se puede ver ese edificio en su integridad, compuesto de un piso bajo, de un piso principal y de aleros. El piso bajo está garantido por un foso empedrado que lo separa de los

grupos de árboles ; todas sus ventanas están enjaedadas como las del primer piso, y vistas del lado de Trianón, comunican la luz á un largo pasadizo semejante al de un convento.

Ocho ó nueve puertas, practicadas en el pasadizo, conducen á los aposentos, compuestos todos de una antesala con dos gabinetes, uno á la derecha y otro á la izquierda, y de un cuarto bajo, y algunos de dos, que reciben la luz por el patio interior del edificio.

Debajo de este edificio están las cocinas.

En los aleros están los cuartos de los domésticos.

He ahí el pequeño Trianón. Añádase á esto una capilla á veinte toesas del palacio, cuya descripción no haremos porque no tenemos de ello necesidad, y porque ese palacio no puede hospedar más que una familia, como diríamos hoy.

Por consiguiente la topografía es esta : Un palacio con sus anchos ojos abiertos sobre el parque y los bosques, y á la izquierda sobre las otras dependencias que no le oponen más que ventanas enrejadas, ventanas de corredores ó cocinas ocultas por un espeso enramado.

Desde el gran Trianón, residencia solemne de Luis XV, se pasaba al pequeño por una huerta que unía las dos residencias, mediante un puente de madera.

Esa huerta de legumbres y árboles frutales diseñada y plantada por La Quintinie, fué por donde Luis XV llevó al señor de Choiseul al pequeño Trianón después de la laboriosa sesión que acabamos de referir, pues quería enseñarle las mejoras que había hecho en la nueva residencia del Delfín y de la Delfina.

El señor de Choiseul lo admiraba y comentaba todo con la sagacidad de un cortesano ; dejaba al rey decir que el pequeño Trianón se hacía cada día una morada

más bella y más encantadora, y el ministro añadía que era para S. M. la casa de familia.

— La Delfina, dijo, es aun un poco huraña como todas las alemanas jóvenes; habla bien el francés, pero tiene miedo de un ligero acento que revela su patria á los oídos franceses. En Trianón no oirá más que á los amigos, y por consiguiente no hablará sino cuando quiera.

— Resulta de ahí que hablará bien.

— Ya he observado, dijo el señor de Choiseul, que S. A. R. es perfecta y que no tiene nada que hacer para perfeccionarse.

En el camino, los dos viajeros hallaron al Delfín parado sobre una pequeña pradera y observando la altura del sol.

El señor de Choiseul hizo una profunda inclinación, y como el Delfín no le hablase, tampoco él habló.

El rey dijo en voz bastante alta para ser oído del Delfín:

— Luis es un sabio, y hace muy mal en romperse la cabeza con las ciencias, porque hará padecer á su mujer.

— No tal, respondió una dulce voz de mujer saliendo de entre unos arbustos.

Y el rey vió correr hacia él la Delfina, que hablaba con un hombre cargado de papeles, compases y lápices.

— Señor, dijo la princesa, el señor Mique, mi arquitecto.

— ¡Ah! exclamó el rey. Vos tenéis también esa enfermedad, madama.

— Señor, es una enfermedad de familia.

— ¿Vais á mandar construir?

— Voy á hacer que amueblen este gran parque en que todos se fastidian.

— ¡Oh! ¡oh! hija mía, decís eso muy alto, y podría oíros el Delfín.

— Es una cosa convenida entre los dos, querido padre, replicó la princesa.

— ¿El fastidiaros?

— No, el tratar de divertirnos.

— ¿Y V. A. R. quiere mandar construir? dijo el señor de Choiseul.

— De este parque quiero hacer un jardín, señor duque.

— ¡Ah, pobre Le Notre! dijo el rey.

— Le Notre, señor, era un gran hombre en cuanto á lo que entonces se amaba. Pero en cuanto á lo que yo amo.....

— ¿Qué es lo que vos amáis, madama?

— La naturaleza.

— ¡Ah! como los filósofos.

— Ó como los ingleses.

— ¡Bueno! Decid eso delante del señor de Choiseul, y tendréis una declaración de guerra. Os va á hacer fuego con los sesenta y cuatro navios y cuarenta fragatas de su primo el señor de Praslin.

— Señor, dijo la Delfina, pienso mandar diseñar aquí un jardín natural por el señor Roberto, que para esta clase de planos es el hombre más hábil del mundo.

— ¿Á qué llamáis jardines naturales? preguntó el rey. Yo creía que los árboles y las flores, y aun las frutas como las que he cogido al paso, eran cosas naturales.

— Señor, aun cuando os paseaseis cien años por vuestra real residencia, no veríais nunca más que calles de árboles rectas, ó grupos de árboles podados á un ángulo de cuarenta y cinco grados, como dice el señor Delfín, ó estanques armonizados con céspedes,

los cuales á su vez están armonizados con perspectivas, con tresbolillos ó terrados.

— ¡Y bien! ¿Acaso es feo eso?

— No es natural.

— He aquí una jovencita que ama la naturaleza, dijo el rey con un aire más jovial que gozoso. Veamos qué es lo que haréis de mi Trianón.

— Riachuelos, cascadas, puentes, grutas, rocas, bosques, quebradas, casas, montañas, praderas.

— ¿Para muñecas? repuso el rey.

— ¡Av, señor! para seres como seremos nosotros, replicó la princesa sin notar el sonrosado que cubrió las mejillas del rey, ni que ella se presagiaba á sí misma una lúgubre verdad.

— Entonces vos demoléis, pero ¿qué edificaréis?

— Yo conservo.

— ¡Ah! y es una fortuna que en esos bosques y ríos no hagáis se hospeden vuestros huéspedes como hurones, esquimales y groenlandeses, porque tendrían ahí una vida natural, y el señor Rousseau los llamaría los hijos de la naturaleza. Haced eso, hija mia, y seréis adorada de los enciclopedistas.

— Señor, mis servidores tendrían demasiado frío en esas habitaciones.

— Entonces, ¿dónde los hospedaréis si lo demoléis todo? En el palacio no será, porque apenas si hay espacio para vosotros dos.

— Señor, conservo las piezas de la servidumbre en el mismo estado en que se hallan.

Y la Delfina indicó las ventanas del pasadizo que hemos descrito.

— ¿Qué es lo que veo allí? dijo el rey poniendo una mano encima de los ojos á guisa de visera.

— Señor, una mujer, respondió el señor de Choiseul.

— Una señorita que yo tomo á mi servicio, repuso la Delfina.

— La señorita de Taverney, añadió Choiseul reconociéndola con su penetrante vista.

— ¡Ah! dijo el rey, ¿conque tenéis aquí á los Taverney?

— Solamente á la señorita de Taverney, señor.

— Muy bien, dijo el rey, sin apartar la vista de la ventana enrejada por donde la señorita de Taverney, pálida aun de su enfermedad, miraba muy inocentemente y muy ajena de creer que la observaban.

— ¡Qué pálida está! dijo el señor de Choiseul.

— Ha estado á punto de que la ahogasen en la noche del 31 de mayo, señor duque.

— ¿En verdad? ¡Pobre joven! exclamó el rey. Ese Bignón bien merecía mi desgracia.

— Ya está restablecida, se apresuró á decir el señor de Choiseul.

— Á Dios gracias, señor duque.

— ¡Ah! parece que se retira, dijo el rey.

— Es que habrá reconocido á V. M., y es tímida.

— ¿Hace mucho tiempo que la tenéis?

— Desde ayer, señor; la he mandado venir así que me instalé.

— ¡Triste habitación para una linda joven! dijo Luis XV. Ese diablo de Gabriel era bien torpe cuando no se le ha ocurrido que los árboles, creciendo, habían de ocultar ese edificio de la servidumbre, y que no se vería en él con claridad.

— Pero, señor, os aseguro que la habitación es muy soportable.

— Imposible, dijo Luis XV.

— ¿Quiere V. M. cerciorarse de ello? preguntó la Delfina celosa de hacer los honores de su casa.

— Sea. ¿Venís vos, Choiseul?

— Señor, son las dos, y á las dos y media tengo un consejo de parlamento, de manera que sólo me queda el tiempo necesario para volver á Versalles.

— Pues bien, id, duque, id, y sacudidme bien á esos golillas. Delfina, enseñadme los pequeños aposentos, si tenéis á bien. Me gustan sobremanera los interiores de los aposentos.

— Venid, señor Mique, dijo la Delfina á su arquitecto; y tendréis ocasión de recibir algunos consejos de S. M., que es tan inteligente en todo.

El rey echó á andar el primero, y le siguió la Delfina.

Subieron la pequeña gradería que conduce á la capilla, dejando á un lado el pasaje de los patios.

La puerta de la capilla está á la izquierda, y á la derecha la escalera recta y sencilla que conduce al pasadizo de los aposentos.

— ¿Quién vive aquí? preguntó Luis XV.

— Todavía nadie, señor.

— He ahí una llave en la puerta del primer aposento.

— ¡Ah! es verdad. La señorita de Taverny amuebla y arregla hoy su aposento.

— ¿Aquí? repuso el rey señalando la puerta.

— Sí, señor.

— ¿Y está en su aposento? Entonces no entremos.

— Señor, acaba de bajar; la he visto bajo el tejadillo del patio de las cocinas.

— Si es así, entonces mostradme su aposento como muestra.

— Con mucho gusto, señor, respondió la Delfina.

É introdujo al rey en el único salón que había, precedido de una antesala y dos gabinetes.

Algunos muebles arreglados ya, varios libros y un clave, llamaron la atención del rey, y se la llamó más

particularmente un enorme ramillete de las más hermosas flores, que la señorita de Taverny había colocado ya en un jarrón de China.

— ¡Qué hermosas flores! exclamó el rey. ¿Y queréis cambiar de jardín? ¿Quién diablo provee á vuestros dependientes de flores como éstas?... ¿Las reservan también para vos?.....

— En efecto que es magnífico este ramillete.

— El jardinero atiende bien á la señorita de Taverny... ¿Quién es aquí el jardinero?

— No sé, señor. El señor de Jussieu se encarga de proporcionármelos.

El rey echó una mirada curiosa á todo el aposento, volvió á mirar en el exterior, á los patios, y se retiró.

S. M. atravesó el parque y volvió al gran Trianón; sus coches le aguardaban para una cazata en carroza después de la comida, desde las tres á las seis de la tarde.

El Delfín seguía midiendo la altura del sol.

## VI

### Anúñase la conspiración

En tanto que el rey, á fin de tranquilizar completamente al señor de Choiseul y de no perder él mismo el tiempo, se paseaba en Trianón aguardando la hora de la cazata, Luciennes era el centro de una reunión de conspiradores azorados que llegaban á todo correr á la morada de madama Dubarry, como los pájaros que huelen la pólvora del cazador.

Juan y el mariscal de Richelieu, después de haberse mirado largo rato de muy mal talante, fueron los primeros que emprendieron su carrera.

Los demás eran favoritos ordinarios, á quienes había engolosinado la desgracia segura de los Choiseul, y que espantados por su vuelta al favor y no hallando al ministro á mano para arrimarse á él, volvían maquinalmente á Luciennes para ver si el árbol estaba aun bastante sólido para agarrarse á él.

Madama Dubarry, después de la diplomacia y del engañoso triunfo que había alcanzado, dormía la siesta cuando el coche entró en el patio con la celeridad y el estrépito de un huracán.

— Ama Dubarry duerme, dijo Zamora sin moverse.

Juan hizo rodar á Zamora por el suelo de un puntapié que le aplicó sobre los más anchos bordados de su casaca de gobernador, y el pobre negrilla empezó á dar agudos gritos.

Acudió al punto Chon y dijo á Juan :

— ¿ Todavía te diviertes en pegar á esta criatura ?  
¡ Eres un bruto !

— ¡ Y te exterminaré á ti misma si no me despiertas al punto á la condesa ! replicó Juan mirándola con ojos centellantes.

Pero no había necesidad de despertar á la condesa, porque los gritos de Zamora y las voces de Juan la habían hecho presentir alguna desgracia, y acudía al sitio de la escena envuelta en un peinador.

— ¿ Qué es lo que hay de nuevo ? preguntó asustada al ver que Juan se había tendido á la larga en un sofá para calmar las agitaciones de su bilis, y que el mariscal no le besaba la mano.

— Hay con todos los diablos, contestó Juan, que tenemos á Choiseul más agarrado que nunca.

— ¡ Cómo !

— Sí, más agarrado que nunca, ¡ así me parta un rayo !

— ¿ Pero qué quieres decir ?

— El señor conde Dubarry tiene razón, continuó Richelieu, tenemos al duque de Choiseul más agarrado que nunca.

La condesa sacó de su seno el billete del rey y dijo sonriendo :

— ¿ Y esto ?

— ¿ Lo habéis leído bien, condesa ? preguntó Richelieu.

— Me parece que sé leer, duque, respondió la condesa.

— No lo dudo, madama. ¿ Me permitís que yo también lo lea ?

— Con mucho gusto, leed.

El duque tomó el billete, lo desdobló lentamente y leyó :

« Mañana daré las gracias al señor de Choiseul por sus servicios. Me obligo á ello positivamente. »

Luis.

— ¡ Me parece que esto está claro ! dijo la condesa.

— Perfectamente claro, replicó el mariscal haciendo una mueca.

— ¡ Y bien ! ¿ qué ? dijo Juan.

— Que mañana tendremos la victoria, y que no hay nada perdido.

— ¡ Cómo mañana ! El rey ha firmado ayer este billete, y ese mañana es hoy.

— Perdonad, señora, dijo el duque ; como ese billete no tiene fecha, mañana será siempre el día siguiente á aquel en que queráis ver por tierra al señor de Choiseul. Esto me recuerda que á cien pasos de mi casa, en la calle de la Grange Bateliere, hay una taberna con una muestra en que se lee en gruesas letras encarnadas : *Mañana se fia aquí*. Es claro que ese mañana equivale á nunca.

— El rey se ha burlado de nosotros, dijo Juan furioso.

— Eso es imposible, murmuró la condesa incomodada, absolutamente imposible, porque semejante superchería es indigna.....

— ¡ Ah ! señora, S. M. es muy amigo de bromas, observó Richelieu.

— Me las pagará, duque, continuó la condesa con irritado acento.

— Al cabo, condesa, no hay motivo para quejarse del rey ; no hay porqué acusar á S. M. de engaño, supuesto que ha cumplido lo que os ofreció.

— ¡ Vamos, vamos, duque ! dejémonos ya de bromas, dijo Juan con un movimiento de hombros muy propio del populacho.

— ¿ Qué es lo que me ha prometido el rey ? preguntó la condesa. El dar las gracias á Choiseul por sus servicios.

— Y eso es precisamente lo que ha hecho, señora ; yo mismo he oído á S. M. dar las gracias al duque por sus servicios ; pero como las palabras tienen dos sentidos, en diplomacia cada cual acepta el que le conviene : vos habéis elegido uno y el rey ha elegido otro ; de modo que ni siquiera cabe litigio sobre esas palabras y sobre el mañana. En vuestra opinión, era hoy cuando el rey debía cumplir su promesa, y la ha cumplido, pues repito que yo mismo he oído á S. M. dar las gracias á Choiseul.

— Duque, creo que no es este el momento de chancearse.

— ¡ Y podéis imaginaros, condesa, que me chanco ? Preguntad á Juan.

— ¡ No, no, por Cristo ! No nos chanceamos. Esta mañana Choiseul se ha visto abrazado, lisonjeado y festejado por el rey, y á estas horas se pasean de bracero en Triánón.

— ¡ De bracero ! repitió Chon que se presentó en el gabinete levantando las blancas manos al cielo como un modelo de la Niobe desesperada.

— ¡ Sí, he sido engañada ! exclamó la condesa. Pero ya veremos... ; Chon, por lo pronto es preciso que se suspendan mis preparativos de caza, pues no iré á ella !

— ¡ Bueno ! dijo Juan.

— Agnardad un momento, dijo Richelieu, no hay que precipitarse en andar en indiscretas manifestaciones de enojo... ; Ah ! perdonad, condesa ; me he tomado la libertad de aconsejaros, perdonad.

— Proseguid, duque, proseguid, que no me parece mal. Yo creo que me vuelvo loca. Mirad lo que son las cosas ; no quiere una mezclarse en la política, y el

día en que se mezcla, el amor propio la mete en ella de pies á cabeza... ¿Qué es lo que queríais decir, duque?

— Que no me parece prudente manifestaros hoy incomodada. Mirad, condesa; la situación es difícil. Si el rey está decidido á conservar á Choiseul, si se deja llevar de su influencia, si juega así con vos... es preciso.....

— ¿Qué?

— Haceros aun más amable de lo que sois, condesa: ya sé que eso es imposible; pero, en fin, no ignoráis que debemos hacer imposibles en las presentes circunstancias: procurad pues seguir mi consejo.

Madama Dubarry se puso á reflexionar.

— Porque al fin, continuó el duque, no será extraño que el rey adopte las costumbres alemanas.

— ¿Si se le antojará hacerse virtuoso? exclamó Juan poseído de horror.

— ¿Quién sabe? La novedad tiene mucho atractivo, dijo el duque.

— En cuanto á los temores de Juan, contestó la condesa, se me figura que son infundados.

— Se han visto ya cosas mucho más extraordinarias, condesa, y ya sabéis el proverbio del diablo convertido en ermitaño... En fin, es preciso no atufarse.

— Pero si me ahoga la cólera.....

— Lo creo muy bien; pero lo que importa es que el rey, ó lo que es igual, el señor de Choiseul no lo conozca: incomodaos delante de nosotros, pero respirad libremente en su presencia.

— ¿Debo ir á la cacería?

— Sería un golpe hábil.

— ¿Y vos, duque?

— ¡Oh! iré aun cuando tenga que andar con pies y manos

— No, no; iréis en mi coche, dijo la condesa con el fin de ver la cara que ponía su aliado.

— Condesa, respondió éste con una zalamería que ocultaba su despecho, me hacéis tan grande honor.....

— Que lo rehusáis, ¿no es eso?

— ¡Yo! Dios me libre de semejante cosa.

— ¡Cuidado! que vais á comprometeros.

— No me coge de susto esa noticia.

— ¡Y lo confiesa! ¡Y tiene valor para declararlo! exclamó madama Dubarry.

— ¿Por qué no? Estoy seguro de que el señor de Choiseul nunca me perdonará.

— Eso es decir que al presente estáis bien con él.

— También debo contar con el enfado de la Delfina.

— ¿Queréis, pues, que cada cual prosiga la guerra por su cuenta sin partir con el otro los resultados? Todavía estamos á tiempo, pues no os halláis comprometido y podéis retiraros de la asociación cuando bien os plazca.

— Desconocéis mi carácter, condesa, dijo el duque besándole la mano. ¿Me visteis vacilar por ventura el día de vuestra presentación, cuando se trataba de proporcionaros un vestido, un peluquero y un coche? Pues tampoco vacilaré hoy, porque soy mucho más valiente de lo que imagináis.

— Entonces quedamos de acuerdo, y por consiguiente vamos á la cacería, lo cual me servirá de pretexto para no ver, ni oír, ni hablar á alma viviente.

— ¿Ni al rey?

— Al contrario, quiero dirigirle mil requiebros para desesperarle.

— ¡Bravo! eso pertenece á la guerra de buena ley.

— Pero, Juan, ¿qué haces ahí enterrado vivo entre cojines? Vamos, levántate.

— ¿Quieres saber lo que hago

— Sí, dímelo, pues puede sernos de alguna utilidad.

— Estoy pensando.

— ¿En qué?

— En que todos los copleros de la ciudad y del parlamento nos están poniendo á estas horas como ropa de pascuas; en que las *noticias del día* nos descuartizan sin compasión; en que el *Gacetero invulnerable* nos asesta su lanza; en que el *Diario de los observadores* nos examina hasta la medula de los huesos, y en que mañana hasta el mismo Choiseul tendrá lástima de nosotros.

— ¿Y qué sacas de todo eso?

— Que ahora mismo voy á plantarme en París á comprar vendas y ungüentos para nuestras heridas. Dame, pues, algún dinero, hermana.

— ¿Cuánto? preguntó la condesa.

— Poca cosa; 200 ó 300 luises.

— Ya lo veis, duque, dijo la condesa á Richelieu; estoy empezando á pagar los gastos de la guerra.

— Condesa, esa es nuestra entrada en campaña; sembrad hoy y mañana recogeréis.

La condesa se encogió de hombros con un movimiento apenas perceptible, se levantó, abrió una gaveta y sacó una porción de billetes de cambio que entregó á Juan sin pararse á contarlos; Juan por su parte los metió en el bolsillo lanzando un profundo suspiro.

Levantóse en seguida, se estiró, se retorció los brazos como un hombre muerto de fatiga y dió tres pasos por la habitación.

— Es decir, exclamó, que tú y el duque vais á divertirlos en una cacería, en tanto que yo vuelvo á París como un torbellino; es decir, que vais á uniros á un enjambre de apuestos caballeros y lindas jóvenes, en tanto que yo contemplo los feos y repugnantes ros-

tros de los embadurnadores de papel. Está visto que no soy más que el perro de la casa.

— Debéis tener por seguro, duque, observó la condesa, que Juan no va á acordarse de nosotros en París, sino á dar la mitad de mis billetes á alguna bribona y á jugar la otra mitad en algún garito. He ahí lo que se propone hacer, después de alborotarme la cabeza con sus quejas y exclamaciones. Vete, vete, Juan, porque me causas horror.

Juan abrió tres cajitas de anises, y vaciándolas en sus bolsillos se apoderó de una figura chinesca que tenía ojos de diamantes, y echó á correr perseguido por las maldiciones de la condesa.

— ¡Apreciabilísimo joven! dijo Richelieu con un tono de un parásito que elogia en casa ajena á esos muchachos mal educados, sobre los cuales invoca interiormente la cólera del cielo. Le queréis mucho, ¿no es verdad, condesa?

— Ya lo veis, me aprecia, porque sabe que mi afecto le produce tres ó cuatrocientas mil libras al año.

Al mismo tiempo sonó la campana del reloj.

— Las doce y media, condesa, dijo el duque; afortunadamente estáis casi vestida: presentaos por un instante á vuestros cortesanos para que no crean que hay eclipse, y subamos pronto al coche. ¿Sabéis cómo debe ordenarse la cacería?

— Ayer convino el rey conmigo en que iríamos al bosque de Marly después de reunirme yo á S. M. aquí mismo.

— ¡Oh! estoy seguro de que el rey no habrá modificado el programa.

— Enteradme ahora de vuestro plan, porque os toca la vez, mariscal.

— Señora, ayer escribí á mi sobrino, y si he de creer mis presentimientos debe hallarse ya en camino.

— ¿El señor de Aiguillon?

— Mucho extrañaré que no se encuentre con mi carta cerca de aquí: como que se me figura que llegará mañana ó pasado mañana lo más tarde.

— ¿Y contáis con él?

— Lo que puedo deciros es que tiene recursos en su imaginación.

— El resultado de todo es que estamos en grande apuro: el rey cedería, pero tiembla al aspecto de los negocios.

— De modo que...

— De modo que se me figura que no sacrificará al señor de Choiseul,

— ¿Queréis que os hable francamente, condesa?

— Sí por cierto.

— Pues bien, yo pienso del mismo modo. El rey hará mil veces lo que hizo ayer, porque es hombre de talento; y por otra parte, tampoco vos os expondréis á perder su amor por una terquedad inconcebible.

Al decir esto miró fijamente el mariscal á madama Dubarry.

— El asunto, dijo ésta, merece reflexionarse.

— Ya veis, condesa, que tendremos ahí al señor de Choiseul por una eternidad, supuesto que para arrebatarle el puesto no se necesita menos que un milagro.

— Sí, ya lo veo; nada menos que un milagro, repitió la condesa.

— Y por desgracia los hombres no sabemos hacerlos.

— ¡Oh! yo conozco uno que los hace.

— ¿Es posible? ¿Un hombre que hace milagros?

— Sí, á fe mía.

— ¡Y no me lo habéis dicho!

— No lo he pensado hasta ahora.

— ¿Y lo creéis capaz de sacarnos del apuro?

— Lo creo capaz de todo.

— ¡Oh! referidme alguno de sus milagros, á fin de que yo pueda juzgar por la muestra.

— Duque, dijo madama Dubarry acercándose á Richelieu y bajando la voz, es un hombre que hace diez años me encontró en la plaza de Luis XIV y me dijo que llegaría á ser reina de Francia.

— En efecto, eso es milagroso, y ya veo que ese hombre es capaz de adivinar que moriré siendo primer ministro.

— Ya se ve que sí.

— No lo dudo. ¿Y cómo se llama?

— Nada os diré de nuevo su nombre.

— ¿En dónde está?

— Eso es lo que ignoro.

— ¡Cómo! ¿no os dió las señas de su casa?

— No, pues debía venir en persona á buscar su recompensa.

— ¿Qué le prometisteis?

— Todo lo que me pidiese.

— ¿No se ha presentado todavía?

— No.

— Eso es mucho más milagroso que su predicción. Pues señor, necesitamos á ese hombre.

— ¿Y cómo nos hemos de gobernar?

— Decidme su nombre, condesa.

— Tiene dos.

— Procedamos con orden. ¿Cuál es el primero?

— El conde de Fénix.

— ¡Cómo! ¿aquel sujeto que me designasteis el día de vuestra presentación?

— El mismo.

— ¿Aquel prusiano?

— Aquel prusiano.

— ¡Oh! ya no tengo confianza en él, porque todos

los brujos que he conocido tenían nombres acabados en *i* ó en *o*.

— Perfectamente, duque : su segundo nombre acaba como queréis.

— ¿Y cuál es ese segundo nombre?

— José Bálsamo.

— ¿Y no tenéis medio de dar con él?

— Pensaré en ello, duque, pues creo acordarme de alguno que le conoce.

— Bien; pero apresuraos, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.

— Estoy pronta. ¡Eh! mi coche.

Diez minutos después corrían al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa Dubarry.

## VII

### La caza del brujo

Una larga fila de carrozas obstruía las calles de árboles del bosque de Marly, en que el rey estaba cazando.

Aquella cazata era lo que se llamaba propiamente una cazata de siesta, porque, en efecto, durante los últimos años de su vida Luis XV no cazaba ya con escopeta ni redes, y se contentaba con ver cazar.

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído á Plutarco, se acordarán sin duda de aquel cocinero de Marco Antonio que de hora en hora colocaba un jabalí en el asador, á fin de que entre los cinco ó seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazón para el instante en que Marco Antonio se sentase á la mesa.

Consistía esto en que Marco Antonio tenía negocios á manos llenas en el gobierno del Asia menor; administraba justicia por sí mismo; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones, según asegura Juvenal, hallábase siempre sumamente ocupado. Tenía siempre cinco ó seis piezas en el asador, para cuando casualmente le permitían tomar un bocado sus altas funciones de juez.

Lo mismo sucedía á Luis XV, pues siempre contaba en las cacerías de siesta con dos ó tres corzos que se arrojaban al bosque á horas distintas, y con arreglo á